

## **Estados Unidos es un Estado Fallido... y la política del establishment no puede resolver la crisis**

**Bhaskar Sunkara**

En 2020, Estados Unidos ha demostrado ser excepcional de las peores formas posibles. Ningún otro país rico tiene una infraestructura de salud pública tan pobre o una red de seguridad social tan andrajosa. Los niveles de violencia policial y de crímenes violentos en Estados Unidos encuentran sus pares más cercanos en países como Venezuela y Sudáfrica, no en Canadá y Alemania. E incluso Cuba y Bosnia y Herzegovina superaron a la única superpotencia mundial en mortalidad infantil y otros indicadores sociales clave.

En el país más poderoso de la Tierra, 29,3 millones de personas dicen que 'a veces' o 'a menudo' no tienen suficiente para comer

En el país más poderoso de la Tierra, 29,3 millones de personas dicen que "a veces" o "a menudo" no tienen suficiente para comer. Cuarenta millones de estadounidenses están empobrecidos, según la ONU. Medio millón no tienen hogar.

Y todo esto era cierto antes de que golpeará todo el peso de la recesión económica de la pandemia.

Dadas estas duras cifras, la relativa estabilidad de Estados Unidos es una maravilla. El país ha mantenido el sufragio popular y las instituciones democráticas (para los hombres blancos, al menos) durante dos siglos y ha casado esa forma de gobierno con una economía capitalista dinámica capaz de crear una gran riqueza. De hecho, los empresarios estadounidenses se las han arreglado para evitar incluso el surgimiento de un importante partido socialdemócrata o laborista; en los Estados Unidos, las demandas de justicia económica se filtran

y diluyen a través de un partido demócrata centrista y un sistema bizantino de gobierno diseñado deliberadamente para limitar las pasiones populares.

Pero quizás ese bozal esté llegando a su límite. La última década ha visto desafíos más audaces para el orden establecido: el movimiento Occupy, el sorprendente desafío externo de Bernie Sanders, el igualmente inesperado ascenso de Donald Trump y la derecha populista, y protestas callejeras contra la violencia policial. Frente a todo esto, así como a su incapacidad para abordar la pandemia de Covid, el estado estadounidense parece vergonzosamente ineficaz y cada vez más carente de legitimidad popular.

Parte del problema radica en la estructura federal de Estados Unidos. Con el poder dividido entre los niveles local, estatal y federal y entre diferentes ramas del gobierno, existen innumerables puntos de "freno" en el sistema que paralizan u obstaculizan los intentos de reforma.

Por supuesto, esta estructura tiene cierta utilidad para las élites. El periodista laboral Robert Fitch lo expresó bien: "El objetivo de la derecha es siempre restringir el alcance del conflicto de clases, reducirlo al nivel más bajo posible. Cuanto más pequeña y local sea la unidad política, más fácil será administrarla oligárquicamente".

Para aquellos en la izquierda que quieren cambiar las cosas, el dilema no es sólo cómo alcanzar el poder y el gobierno (lo suficientemente difícil como es) sino cómo reconstituir la república estadounidense, de una manera que nos permita alcanzar la justicia. Los períodos más importantes de actividad progresista en la historia de Estados Unidos: Abraham Lincoln y la lucha contra la clase esclavista; la era populista; el New Deal - han encarnado este espíritu. Para el presidente Franklin D. Roosevelt, los nuevos derechos de negociación colectiva y los programas de prestaciones debían ser

salvaguardados por instituciones gubernamentales más eficaces. Su administración presionó para que nuevas agencias hicieran cumplir la ley laboral, reorganizó el poder ejecutivo e intentó una modernización radical de la Corte Suprema de Estados Unidos. Roosevelt incluso burló el límite presidencial de dos mandatos (en ese momento, no oficial).

La izquierda debe encontrar una manera no sólo de popularizar nuestros objetivos, sino también de asegurar los medios, la reforma institucional, para lograrlos.

El éxito de FDR y sus predecesores fue finalmente limitado. Sin embargo, a pesar de nuestros fracasos pasados, la organización popular ha dado suficientes ganancias, con el tiempo, para crear un Estados Unidos que no es el peor de todos los mundos posibles. Hemos mantenido derechos democráticos cruciales y hemos extendido esos derechos a los estadounidenses negros, las mujeres y otros grupos oprimidos. Tenemos un sistema de bienestar limitado para los muy pobres y los ancianos y garantías públicas de educación primaria y secundaria para todos. Pero vivimos a la sombra del fracaso de nuestro movimiento obrero para arraigar en los Estados Unidos con tanta firmeza como lo hizo en el siglo XX en otros países desarrollados. El resultado es un estado lamentablemente inadecuado para abordar crisis lentas como el hambre y la pobreza o crisis más agudas como el coronavirus y el cambio climático.

Ganar apoyo masivo para un programa de Medicare para todos, empleos verdes, viviendas asequibles y más parece estar al alcance. Pero la izquierda debe encontrar una manera no solo de popularizar nuestros objetivos, sino también de asegurar los medios, la reforma institucional, para lograrlos.

Figuras liberales como la senadora Elizabeth Warren y, sí, el periodista Jeffrey Toobin han pregonado la necesidad de algunos de estos cambios. Pero no podemos simplemente detenernos en la abolición del colegio electoral y el obstruccionismo del Senado, o incluso en la representación completa

del Congreso para los residentes de Washington DC. Debemos luchar más fundamentalmente para transformar el sistema político premoderno que hemos injertado en nuestra economía y sociedad modernas. Para los progresistas, esa es una batalla mucho más abrumadora que simplemente sacar a Trump de la Casa Blanca, pero es igualmente necesaria.

FUENTE: The Guardian

